



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Las mujeres del rey

Antonio Linage Conde

Notario e historiador

Manuel Fernández y González escribió una novela, por entregas como eran las suyas, titulada *Los amores de Alfonso VI*. Comenzar por esta referencia parece frívolo. Aunque recuerdo haber oído a Julio Caro Baroja que a él fueron novelas de esa índole las que le empezaron suscitando curiosidad por la historia. ¿Por la historia evenemencial? Pero no se le puede achacar al sobrino de don Pío precisamente esa polarización superficial en las obras de historia que luego escribió. Más a cuento me viene a la memoria la opinión de Unamuno de estar necesitados de imaginación los eruditos españoles de su tiempo. Necesitados precisamente para profundizar más en los argumentos de su erudición.

Pero entremos en materia. Alfonso VI se casó cuando ya tenía treinta y tres años con Inés, hija de Guillermo de Aquitania, y tuvo que esperar cuatro más para consumar su matrimonio, hasta que la desposada cumplió los catorce. El año 1074. De por sí tal cronología resultaba muy propicia tanto para abonar el campo de la imaginación de los novelistas como para suscitar la maledicencia de los contemporáneos, y pensamos en las fuentes árabes sobre la sensualidad de nuestro monarca que tanto aireó Levi Provenal.

Inés murió tres años después, sin descendencia. La vemos pasar cual una sombra por los documentos en que aparece, tal el Fuero de Sepúlveda: Yo, don Alfonso rey, y mi mujer doña Inés, confirmamos...

Hay quien dice que al monarca viudo le llegaron noticias de la hermosura de una condesa borgoñona también viuda, hermana de los que fueron sucesivos duques de Borgoña, Hugo y Eudes, éste último heredero del título al entrar en el monasterio de Cluny el primero. Hugo de Chalons, el marido de Constanza, había muerto a la vez que Inés, la mujer del soberano. Hugo era precisamente hermano de su suegro Guillermo. Constanza era sobrina del rey Roberto el Piadoso.

Se ha cotilleado también que el abad de Tournus hizo de casamentero. Lo cierto es que Constanza, con la que Alfonso se casó el año 1079, fue la predilecta de los monjes cluniaceneses tan amados en la corte leonesa. Al cabo de uno o dos años nació Urraca, la única princesa de que nos ha llegado noticia engendrada en este tálamo. Constanza vivió hasta 1093. Reparemos en los trascendentales eventos que la tocó en suerte compartir con Alfonso. Éste era rey de Toledo desde el 1085. Cuando la ciudad se le entregó se comprometió a res-

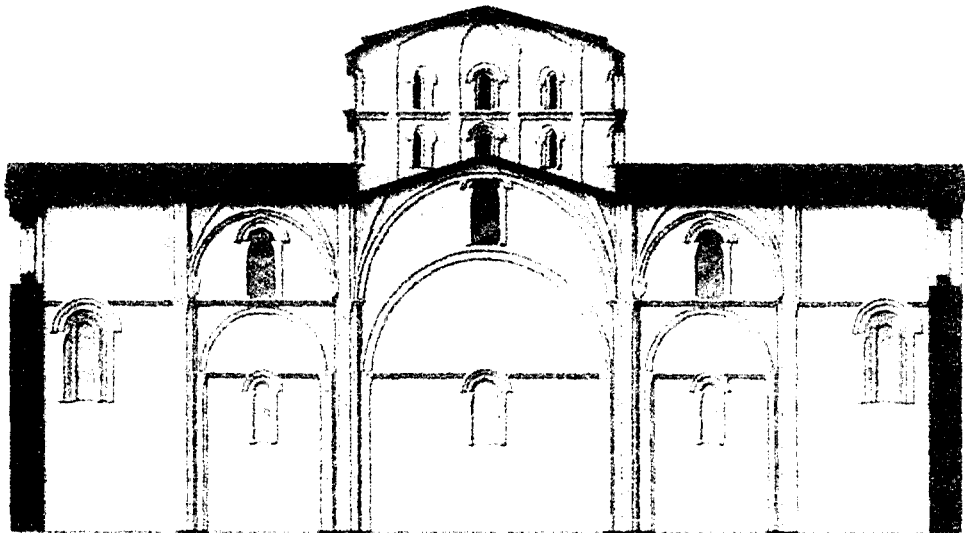
petar a los moros su mezquita mayor. Pero Constanza se opuso y consiguió que se transformara en catedral. Tomemos buena nota del detalle.

Sin embargo, al rey le urgían los hijos varones. Las prisas le llevaron a a tomar, enseguida, en 1081 o 1082, una concubina o combleza. Era de la nobleza del Bierzo, Jimena Núñez, hija del tenente del condado de Astorga. Vivió muchos años, sobreviviendo a su marido diez y nueve. Fueron hijas suyas Teresa y Elvira. Ésta, que había pasado a ser Elvira de Tolosa, acompañó a su marido a la primera cruzada, y tuvo en Tierra Santa un hijo, Alfonso Jordán que se le llamó por tal circunstancia geográfica. A la postre, Teresa sería la primera reina de Portugal. Su marido Enrique de Borgoña, y el otro verno sucesivo del rey, Raimundo de Borgoña también, pueden ser considerados traidores a su suegro.

Tanto que, al morir Constanza, y aunque Alfonso no se había enemistado, ni mucho menos, con sus carísimos monjes transpirenaicos, que tantos sufragios por él en vida venían haciendo, con la seguridad de continuárselos a título póstumo, al quedarse nuevamente viudo, por primera y única vez, nuestro monarca tomó una esposa que no era francesa. Así, de 1094 a 1100, reinó en nuestra tierra Berta de Lombardía o de Toscana. Sólo seis años. Hasta 1100.

Hambriento, tras de los avatares de que diremos, más hambriento de sucesión masculina a medida que avanzaba el tiempo, el rey se casó otra vez con una francesa, Isabel. No sabemos siquiera si era también borgoñona, o hija de Felipe I de Francia, y eso descartando otras identificaciones disparatadas por reñidas con la cronología.

Viudo a los siete años, el siguiente, 1108, se caso con una llamada Beatriz, que tampoco sabemos si era borgoñona, aunque lo menos improbable es seguir



Iglesia abacial de Sahagún. Reconstrucción del crucero y cabecera.

Las mujeres del rey

Antonio Linage Conde

Notario e historiador

Manuel Fernández y González escribió una novela, por entregas como eran las suyas, titulada *Los amores de Alfonso VI*. Comenzar por esta referencia parece frívolo. Aunque recuerdo haber oído a Julio Caro Baroja que a él fueron novelas de esa índole las que le empezaron suscitando curiosidad por la historia. ¿Por la historia evenemencial? Pero no se le puede achacar al sobrino de don Pío precisamente esa polarización superficial en las obras de historia que luego escribió. Más a cuento me viene a la memoria la opinión de Unamuno de estar necesitados de imaginación los eruditos españoles de su tiempo. Necesitados justamente para profundizar más en los argumentos de su erudición.

Pero entremos en materia. Alfonso VI se casó cuando ya tenía treinta y tres años con Inés, hija de Guillermo de Aquitania, y tuvo que esperar cuatro más para consumar su matrimonio, hasta que la desposada cumplió los catorce. El año 1074. De por sí tal cronología resultaba muy propicia tanto para abonar el campo de la imaginación de los novelistas como para suscitar la maledicencia de los contemporáneos, y pensamos en las fuentes árabes sobre la sensualidad de nuestro monarca que tanto aireó Levi Provenal.

Inés murió tres años después, sin descendencia. La vemos pasar cual una sombra por los documentos en que aparece, tal el Fuero de Sepúlveda: Yo, don Alfonso rey, y mi mujer doña Inés, confirmamos...

Hay quien dice que al monarca viudo le llegaron noticias de la hermosura de una condesa borgoñona también viuda, hermana de los que fueron sucesivos duques de Borgoña, Hugo y Eudes, éste último heredero del título al entrar en el monasterio de Cluny el primero. Hugo de Chalons, el marido de Constanza, había muerto a la vez que Inés, la mujer del soberano. Hugo era precisamente hermano de su suegro Guillermo. Constanza era sobrina del rey Roberto el Piadoso.

Se ha cotilleado también que el abad de Tournus hizo de casamentero. Lo cierto es que Constanza, con la que Alfonso se casó el año 1079, fue la predilecta de los monjes cluniacenses tan amados en la corte leonesa. Al cabo de uno o dos años nació Urraca, la única princesa de que nos ha llegado noticia engendrada en este tálamo. Constanza vivió hasta 1093. Reparemos en los trascendentales eventos que la tocó en suerte compartir con Alfonso. Éste era rey de Toledo desde el 1085. Cuando la ciudad se le entregó se comprometió a res-

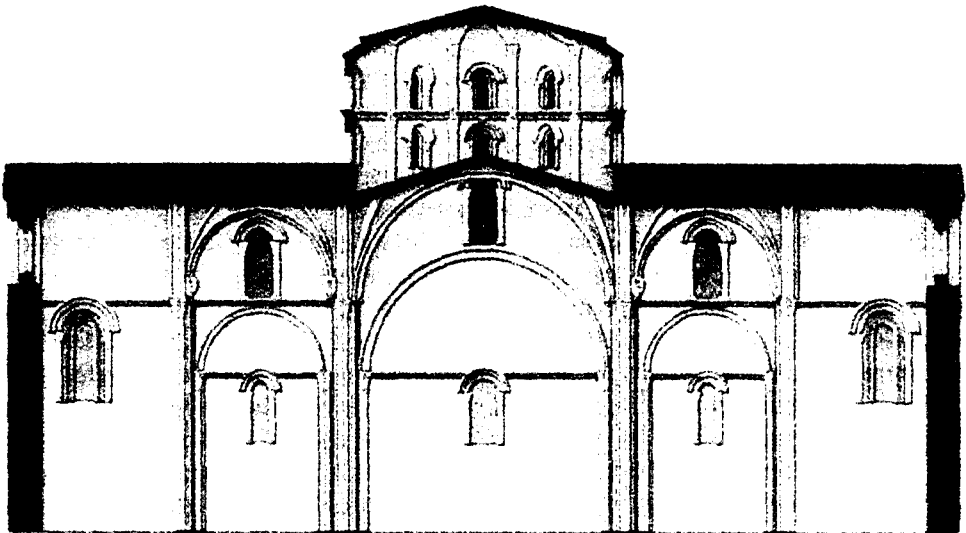
petar a los moros su mezquita mayor. Pero Constanza se opuso y consiguió que se transformara en catedral. Tomemos buena nota del detalle.

Sin embargo, al rey le urgían los hijos varones. Las prisas le llevaron a a tomar, enseguida, en 1081 o 1082, una concubina o combleza. Era de la nobleza del Bierzo, Jimena Núñez, hija del tenente del condado de Astorga. Vivió muchos años, sobreviviendo a su marido diez y nueve. Fueron hijas suyas Teresa y Elvira. Ésta, que había pasado a ser Elvira de Tolosa, acompañó a su marido a la primera cruzada, y tuvo en Tierra Santa un hijo, Alfonso Jordán que se le llamó por tal circunstancia geográfica. A la postre, Teresa sería la primera reina de Portugal. Su marido Enrique de Borgoña, y el otro yerno sucesivo del rey, Raimundo de Borgoña también, pueden ser considerados traidores a su suegro.

Tanto que, al morir Constanza, y aunque Alfonso no se había enemistado, ni mucho menos, con sus carísimos monjes transpirenaicos, que tantos sufragios por él en vida venían haciendo, con la seguridad de continuárselos a título póstumo, al quedarse nuevamente viudo, por primera y única vez, nuestro monarca tomó una esposa que no era francesa. Así, de 1094 a 1100, reinó en nuestra tierra Berta de Lombardía o de Tuscia. Sólo seis años. Hasta 1100.

Hambriento, tras de los avatares de que diremos, más hambriento de sucesión masculina a medida que avanzaba el tiempo, el rey se casó otra vez con una francesa; Isabel. No sabemos siquiera si era también borgoñona, o hija de Felipe I de Francia, y eso descartando otras identificaciones disparatadas por reñidas con la cronología.

Viudo a los siete años, el siguiente, 1108, se caso con una llamada Beatriz, que tampoco sabemos si era borgoñona, aunque lo menos improbable es seguir



Iglesia abacial de Sahagún. Reconstrucción del cruceo y cabecera.

suponiéndolo. Como también la permanencia de los buenos oficios casamenteros del abad Hugo de Cluny.

Pero nos queda todavía la más sugestiva de las mujeres que acompañaron en su lecho al soberano, la mora Zaida del cantar entre la épica y la lírica, virtuosa, gallarda, esbelta, de gran hermosura, discreta, de tez espléndidamente blanca. Era nuera del rey de Sevilla, Al-Mutamid, viuda de su segundo hijo, Fath-al Mamún, caído heroicamente en la defensa de Córdoba el año 1091. Zaida pasó Despeñaperros en busca de refugio político en los dominios cristianos de Alfonso. No le pudo encontrar mejor, aun a trueque de tomar el nombre de Isabel al bautizarse. Por añadidura dio a Alfonso el hijo varón que buscaba, el infante Sancho. Lamentablemente la unión no duró mucho, dos años escasos. No se sabe si el parto de que Zaida murió fue el mismo de Sancho u otro.

En la pequeña iglesia de las Benedictinas de Sahagún, un sarcófago, que no puede ser más sencillo, guarda los restos del monarca. Otro los de sus esposas Inés, Constanza, Berta y ...Zaida. En la clausura corrió la voz alguna vez de que Zaida también era mujer legítima. En todo caso, no podemos por menos de alabar esta muestra de tolerancia, en un terreno, como los adyacentes, en que la inflexibilidad de la ortodoxia es capaz de amedrantar a veces.

Decíamos antes de la exhortación unamuniana a los sabios coterráneos y coetáneos a desposarse un tanto con la imaginación. En el siglo anterior, un literato, Quintana, había escrito en su biografía del Cid: «Cuando se fijan los ojos en los tiempos antiguos de nuestra historia, la vista no percibe más que sombras, donde están confundidos los personajes, los caracteres y las costumbres». Ante ese panorama la imaginación puede ser una ayuda. Con tal de mantener intocable la realidad histórica. De la que Quintana se alejaba inmediatamente al continuar: «En medio de semejante oscuridad se divisa un campeón, cuya fisonomía ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exactamente, pero cuyas proporciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean».

Me atrevo a preguntarme quién está más lejos de la realidad, si el poeta Quintana al escribir esto, o un historiador, el padre Masdéu en la centuria antecedente, al negar la existencia del Cid por mor de su criticismo. De veras que lo dudo. Pues si pensar que Rodrigo Díaz no existió nos dibuja un paisaje no concordante con el modelo, mucho más la conclusión de Quintana, a saber: «Desgracia fue de Castilla privarse de semejante guerrero. Su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la monarquía hasta el mar, y la edad siguiente viera la expulsión total de los bárbaros». (Por cierto una hipótesis que contrasta un poco con la afirmación anterior de Quintana mismo de que «casi todas sus batallas fueron contra ejércitos colectivos, compuestos de gentes diversas en religión, costumbres o intereses»). Un delirio romántico. Que no nos choca demasiado teniendo en cuenta la composición de lugar. Más sorprendente resulta que ya entrado el siglo xx, con un bagage erudito muy copioso, don Ramón Menéndez Pidal titulara su histo-

ria de la época alfonsina La España del Cid. Por estos caminos nos parece menos imaginativo discurrir en torno a la España, por lo menos la España occidental, que pudo ser del Infante Sancho. De no haber sido muy otro el interrogante fatídico de los hados:

—¿Dónde vas, infante Sancho,
cristiano y moro de España?
—Allá, en los Campos Eliseos,
mis corceles ya cabalgan.

Pero llegado aquí no me creo con derecho a proseguir fantasiosamente. Dejo a cada lector que si bien le parece lo haga en libertad. Acaso habiéndome tocado en suerte nacer y vivir en el siglo de las limpiezas étnicas, con todo su horror, la nostalgia de un posible soberano nacido de un cierto mestizaje, me resulta aguda. Soy consciente del riesgo de que se me acuse de salirme de la realidad histórica, aunque en este caso más bien se trataría de calibrar fantasiosamente las posibilidades de la misma. En mi abono, aunque sólo como excusa y petición de benevolencia, tengo la inmensa falsificación de la historia de Alfonso VI que han llevado a cabo los enamorados de la literatura épica del Cid. Por cierto una épica que, como historia no vale, y como literatura imaginativa resulta pobre. Sin cotejo posible con la riqueza de la fantasía de ese mismo género literario al otro lado de los Pirineos.

En 1920 se imprimió en una «exposición dramática» del notario Blas Infante, titulada *Motamid*, último rey de Sevilla. Se puede decir que su argumento es la nostalgia, tanto de las personas como de las tierras. «El hálito de amor perdurable, la vida de la fe de los muertos que creyeron en nosotros, nos invitan a ser dolorosas estrofas vivientes de un bello canto de la majestad caída». Con esta cita, evocando al infante y su madre, y también al soberano de nuestra conmemoración, dejamos nuestro argumento con pena.